

Prólogo

Afirma Hegel que el filósofo se ocupa de estudiar lo que todo el mundo da por sabido. Sin duda, una de esas realidades es hoy el dinero, precisamente porque solemos dar por sabido lo más cercano, y el dinero lo es ahora en forma preeminente.

No pensamos en lo *acostumbrado*, lo cual es un indicio de que no nos interesa de verdad, sino que nos importa simplemente su uso. Utilizamos las cosas –y las personas– pero no reflexionamos despacio sobre ellas. Por eso empleamos mal las cosas y abusamos de las personas.

Según una cierta tradición moderna, además, la ciencia no debería ocuparse del ser de las realidades, sino de su puro funcionamiento. El resultado es el peligro de destrucción de la naturaleza en las «ciencias naturales», y lo mismo, con referencia a las personas, en las «ciencias humanas».

Ciertamente, no es fácil conocer el ser de cualquier realidad, pero declararlo imposible trae malas consecuencias, como se ve una y otra vez. La última, con la actual crisis, que no será la postrera ni la peor –cada vez son más agudas–; una crisis de nuevo apenas prevista por los economistas, lo cual no deja de ser sorprendente en una ciencia que estudia el *funcionamiento* de las cosas.

Muchas y muy buenas investigaciones se han llevado a cabo acerca del dinero, pero no muchas se ocupan de algo tan sim-

ple como la pregunta por *qué es* el rey de este mundo. El dinero es una síntesis del tiempo, pues no existe sin algo *dado* («pasado») que puede servir para conseguir algo en el futuro. El dinero es también trabajo humano, espíritu encarnado y, por tanto, imposible de reducir a pura materialidad. El dinero es, por ello, un lenguaje, y, como toda lengua, existe sólo en forma dialógica. El dinero es el paralelo de la virtud: ésta se alcanza con el trabajoso esfuerzo, y, una vez adquirida, facilita y mejora la vida. Por eso, precisamente, el dinero ha podido entenderse como un *sustituto* de la virtud: lo que no consigo con ésta, si me falta, lo adquiero con dinero. Pero aquí hay un error, pues se confunde claramente el dinero (que es también virtud) con la moneda.

El gran problema del dinero es que, en su relación con la moneda, transfiere en términos cuantitativos y rígidos lo que es cualitativo y vital, pues el dinero en sí mismo es vida humana. En esa transferencia resulta clave el modo de comportamiento y la actitud de la persona. De ahí que no haya nada relativo al dinero que no tenga implícitos éticos.

La «ética del dinero» es, por tanto, ineludible, y resulta hasta divertido observar cómo se quiere dejar de lado mediante el recurso a lenguajes tecnificados y numéricos. Pero la ética no es un recetario de soluciones útiles. Lo es precisamente cuando se quiere «redescubrir» para el uso ocasional, ante la necesidad perentoria, y se convierte así en un instrumento para intentar solucionar problemas cuyo fondo ni siquiera se ha entrevisto. La ética es un saber que se encuentra desde una antropología filosófica que le sirve de base, y cuando falta ésta, pierde su raíz y significado. Ya no es medicina etiológica, sino meramente sintomática. La llamada «ética empresarial» corre siempre el peligro de ser esto último.



Javier Ramos ha estudiado en sus años universitarios empresa y filosofía, y lleva largo tiempo al frente de entidades bancarias. El libro que aquí presenta no es, por tanto, fruto de meras lecturas ni de pura experiencia práctica, sino de la riqueza que genera la simbiosis de lo uno y lo otro. Se trata de una obra original, profunda y de lectura amena. No se encuentran fácilmente obras como ésta en el mercado.

A mi modo de ver, es un libro de un interés extraordinario, cuya lectura, aparte de ser muy enriquecedora, puede suscitar amplias reflexiones sobre una realidad que hoy invade todo y que creemos conocer, cuando probablemente no sabemos ni siquiera usar.

RAFAEL ALVIRA